

Nicolas Sarkozy Presidente de la República

Carta a los educadores

4 de septiembre de 2007

Señor/a:

Quisiera aprovechar la ocasión que me ofrece el inicio de curso, el primero desde que fui elegido Presidente de la República, para escribirle.

Me gustaría hablarle del porvenir de nuestros hijos. Ese porvenir está en manos de cada uno de Ustedes, que tienen la tarea de instruir, de guiar, de proteger esos espíritus y esas sensibilidades que no están aún completamente formadas; que aún no han alcanzado su plena maduración; que se sondean; que son todavía frágiles y vulnerables. Ustedes tienen la responsabilidad de acompañar el desarrollo de sus aptitudes intelectuales, de su sentido moral, de sus capacidades físicas, desde su más tierna infancia y a lo largo de su adolescencia. Esta responsabilidad es una de las más graves pero al mismo tiempo, una de las más bellas y gratificantes.

Ayudar a la inteligencia, a la sensibilidad, a desarrollarse, a encontrar su camino, ¡qué puede haber de más bonito! Mas, ¡cuán difícil, al mismo tiempo! En verdad, junto al orgullo de ver crecer al niño, de ver cómo se afirman su carácter y su juicio; junto a la felicidad de transmitir aquello que cada uno estima máspreciado, coexiste siempre ese temor a equivocarse, a sujetar un talento, a reprimir un impulso, a ser demasiado indulgente o demasiado severo, a no comprender lo que el niño alberga en lo más profundo de sí, lo que siente, lo que es capaz de acometer.

Educar es intentar conciliar dos movimientos opuestos: el que pretende ayudar a cada niño a encontrar su propio camino y el que le empuja a inculcarle lo que cada uno cree justo, bello y verdadero.

Una exigencia se impone al adulto ante el niño que crece; la de no ahogar su personalidad, sin renunciar por ello a educarle. Cada niño, cada adolescente tiene su propia forma de ser, de pensar, de sentir. Debe poder expresarla. Pero también debe aprender.

Durante mucho tiempo la educación ha descuidado la personalidad del niño. Era necesario que todos entraran en un mundo único, que todos aprendieran la misma cosa, al mismo tiempo y de la misma manera. El saber lo presidía todo. Aquella educación tenía su grandeza. Al ser exigente y rigurosa contenía un impulso hacia arriba; conducía a superarse a pesar de uno mismo.

La exigencia y el rigor de aquella educación hacían de ella un factor potente de promoción social. Sin embargo, muchos niños sufrían y se sentían excluidos de sus bondades. No porque carecieran de talento ni porque fueran incapaces de aprender y de comprender sino porque su sensibilidad, su inteligencia, su carácter se encontraban a disgusto en el marco único que se imponía a todos.

Por una especie de reacción, desde hace algunas décadas se ha colocado la personalidad del niño en el centro de la educación, desplazando al saber.

Conceder mayor importancia a lo que el niño posee de especial, a aquello por lo que se manifiesta su individualidad o a su carácter, a su psicología, era necesario; deseable, incluso. Era importante que todos fueran capaces de sacar el mejor partido de sí mismos, de desarrollar sus puntos fuertes, de corregir sus puntos débiles. Pero, a fuerza de revalorizar la espontaneidad, a fuerza de querer evitar cohibir la personalidad, a fuerza de no ver la educación más que a través del prisma de la psicología se ha caído en un exceso contrario. No nos hemos comprometido tanto en transmitir.

Antiguamente había en la educación, sin duda, demasiada cultura y muy poca naturaleza; actualmente, sin embargo, tal vez haya demasiada naturaleza y muy poca cultura. Antes se valoraba demasiado la transmisión del saber y de los valores; hoy, al contrario, ya no se valora demasiado.

La autoridad de los maestros se ha visto destruida. La de los padres e instituciones, también.

La cultura común que se transmitía de generación en generación, al tiempo que se enriquecía con la aportación de cada una de ellas, se ha perdido hasta el punto de que resulta más difícil hablarse y comprenderse.

El fracaso escolar ha alcanzado niveles que son inaceptables.

La desigualdad ante el saber y la cultura han aumentado en un momento en el que la sociedad de la información impone en todo el mundo su lógica, sus criterios, sus exigencias. Las posibilidades de promoción social de los niños cuyas familias no podían transmitir lo que la escuela tampoco transmitía ya se han reducido.

Sin embargo, sería absurdo intentar resucitar una edad dorada de la educación, de la cultura, del saber que nunca ha existido. Cada época suscita sus propias expectativas.

No se trata de recuperar la escuela de la IIIª República, ni la de nuestros padres, ni incluso la nuestra. Lo que nos incumbe es responder al desafío de la economía del conocimiento y a la revolución de la información.

Lo que debemos hacer es sentar los principios de la educación del siglo XXI que no se nutrirán de los principios de ayer ni, mucho menos, de los de anteayer.

¿En qué queremos que se conviertan nuestros hijos? En hombres y mujeres libres, deseosos de lo que es bello, de lo que es grande, con corazón y espíritu; capaces de amar, de pensar por sí mismos, de ir al encuentro del otro, de abrirse al otro; capaces también de adquirir una profesión y de vivir de su trabajo.

Nuestro papel no es hacer que nuestros hijos sigan siendo niños, ni siquiera que se conviertan en unos niños grandes, sino ayudarles a convertirse en adultos, a convertirse en ciudadanos. Todos nosotros somos educadores, en ese sentido.

Educar es difícil. A menudo hay que empezar de nuevo para alcanzar el objetivo. No hay que desanimarse por ello. Nunca hay que tener miedo a insistir. En cada niño hay un potencial que

sólo pide ser explotado. Cada niño tiene una forma de inteligencia que no pide más que ser desarrollada. Hay que buscarlos; hay que entenderlos. La educación es tanto una exigencia hacia el niño como hacia el mismo educador.

El objetivo no es ni contentarse con un mínimo fijado de antemano ni sumergir al niño en una marea de conocimientos tal que sea incapaz de dominar ninguno. Se trata más bien de esforzarse en dar a cada uno el máximo de instrucción que cada uno puede recibir, empujando lo más lejos posible su gusto por aprender, su curiosidad, su largueza de espíritu, su sentido del esfuerzo. La autoestima debe ser el principal ariete de esta educación.

Dar a cada niño, a cada adolescente de nuestro país, la autoestima necesaria para hacerle descubrir que tiene talentos que le capacitan para alcanzar metas que él mismo no creía posible: esta es, a mi entender, la filosofía que debe subyacer en la refundación de nuestro sistema educativo.

Les debemos a nuestros hijos el mismo amor y el mismo respeto que esperamos de ellos. Ese amor y ese respeto que les debemos exigen que nuestras relaciones con ellos no estén hipotecadas por ninguna forma de renuncia o de demagogia. Porque queremos y respetamos a nuestros hijos, la educación que les damos debe elevarlos, no aplastarlos. Porque queremos y respetamos a nuestros hijos, no podemos renunciar a educarles al surgir la primera dificultad. El que un niño tenga dificultades para concentrarse o no aprenda rápidamente o no retenga fácilmente las lecciones no nos autoriza a privarle de ese tesoro que es la instrucción, sin el que nunca llegará a convertirse en un hombre libre.

Porque queremos y respetamos a nuestros hijos tenemos la obligación de enseñarles a ser exigentes consigo mismos. Tenemos la obligación de enseñarles que no todo vale; que toda civilización reposa sobre una jerarquía de valores; que el alumno no es igual al maestro. Tenemos la obligación de enseñarles que nadie vive sin complicaciones y que no puede haber libertad sin normas. ¿Qué clase de educadores seríamos si no enseñamos a nuestros hijos a distinguir entre lo que está bien y lo que está mal; entre lo que está permitido y lo que está prohibido? ¿Qué clase de educadores seríamos si no pudiéramos sancionar a nuestros hijos cuando cometen un fallo? El niño se afirma diciendo “no”; no se le hace un favor diciéndole siempre “sí”. La sensación de impunidad es una catástrofe para el niño, que está probando constantemente los límites que le impone el mundo de los adultos. No se educa a un hijo haciéndole creer que todo está permitido, que sólo tiene derechos y no obligaciones. No se le educa haciéndole creer que la vida es un juego o que el alineamiento de todo el conocimiento del mundo le exime de aprender. Las tecnologías de la información deben centrar la reflexión sobre la educación del siglo XXI, pero no debe perderse de vista que la relación humana entre el educador y el niño sigue siendo primordial y que la educación debe también inculcar al niño el gusto por el esfuerzo, mostrarle como si fuera una recompensa la alegría de comprender tras el largo trabajo de pensar.

Recompensar el mérito; sancionar la falta; cultivar la admiración de aquello que está bien, que es justo, bello, grande, verdadero, profundo. Y, por el contrario, detestar aquello que está mal, que es injusto, feo, empequeñecedor, falsario, superficial, mediocre; así es cómo el educador favorece al niño que tiene a su cargo y cómo le expresa mejor el amor y el respeto que le tiene.

Precisamente, el respeto debiera ser el fundamento de toda educación. Respeto del profesor hacia el alumno; de los padres hacia el niño; del alumno hacia el profesor; del niño hacia sus padres. Respeto hacia los demás y hacia sí mismo: he ahí lo que la educación debe conseguir.

Si en nuestra sociedad no hay suficiente respeto, ello se debe en primer lugar –estoy convencido- a un problema de educación.

Deseo que reconstruyamos una educación del respeto y una escuela del respeto. Deseo que nuestros hijos aprendan buenos modos, largueza de espíritu, tolerancia, que son formas de respeto.

Deseo que los alumnos estén descubiertos cuando estén en el colegio y que se levanten cuando el profesor entra en clase porque eso es una señal de respeto.

Deseo que se enseñe a cada uno de ellos a respetar el punto de vista que no es el suyo, la convicción que no comparte, la creencia que le resulta extraña; que se le haga ver hasta qué punto la diferencia, la contradicción, la crítica, lejos de ser obstáculos a su libertad son, al contrario, fuente de enriquecimiento personal. Ser sacudido en las costumbres propias de pensar, en sus certezas; estar obligado a ir al encuentro del otro, a abrirse a sus argumentos, a sus sentimientos. Tomarle en serio es una incitación a cuestionar las convicciones de uno mismo, sus propios valores, a ponerse uno mismo en cuestión, a hacer un esfuerzo sobre uno mismo; en resumen, a ir más allá de uno mismo. Por esto, aunque haya que renovarlo, debemos conservar nuestro modelo de escuela republicana, ya que cubre cualquier origen, cualquier clase social, cualquier creencia. Y debe permanecer neutral ante las convicciones religiosas, filosóficas o políticas de cada uno, respetándolas todas, evidentemente.

Este modelo se ha debilitado; sus principios ya no son respetados suficientemente. La razón por la que quiero suprimir progresivamente la tarjeta escolar es, precisamente, para que haya menos segregación.

Si quiero reformar el *colegio único* es, precisamente, para que cada cual encuentre su lugar; para que las diferencias de ritmos, de sensibilidades, de caracteres, de formas de inteligencia sean entendidas mejor para dar a cada uno mayores posibilidades de tener éxito.

Si deseo que los niños minusválidos puedan ser escolarizados como cualquier otro niño no es únicamente para hacer felices a los niños minusválidos sino también para que los otros niños se enriquezcan con esta diferencia.

Si deseo que la escuela siga siendo, ante todo, laica, es porque entiendo que la laicidad es un principio de respeto mutuo y porque cubre un espacio de diálogo y de paz entre las religiones; porque es el mejor instrumento para luchar contra la tentación del repliegue religioso. ¿Qué mejor para evitar la confrontación religiosa que desembocaría en un choque de civilizaciones, que algunos valores universales y la laicidad? Con todo, estoy convencido de que no hay que apartar el hecho religioso de la escuela. La génesis de las grandes religiones, sus visiones del hombre y del mundo deben ser estudiadas, no desde una voluntad de proselitismo, desde luego, ni desde un enfoque teológico, sino desde el punto de vista del análisis sociológico, cultural e histórico, lo que permitiría comprender mejor la naturaleza del hecho religioso. Lo espiritual, lo sagrado ha acompañado a la aventura humana desde la eternidad. Está en la base de todas las civilizaciones. Y es más fácil abrirse al otro, se dialoga más fácilmente con él, cuando se le comprende.

Pero el aprendizaje de la diferencia no debe conducir a descuidar la participación en una cultura común, en una identidad colectiva, en una moral compartida. Educar es despertar la conciencia individual y elevarla hasta la conciencia universal. Es hacer que cada uno se sienta una persona única y al mismo tiempo familia de la Humanidad entera. Entre las dos

conciencias existe algo esencial que ninguna educación puede olvidar: entre la conciencia individual y la conciencia universal está, para nosotros, franceses, la conciencia nacional y la conciencia europea.

Entre la conciencia de la pertenencia al género humano y la conciencia del destino universal, la educación debe despertar también la conciencia cívica, formar ciudadanos. Nuestros hijos no serán nunca ciudadanos del mundo si nos somos capaces de hacer primero de ellos ciudadanos franceses y ciudadanos europeos.

La familia desempeña, desde luego, un papel esencial en la transmisión de la identidad nacional. Pero la escuela es su crisol. Al hablar de la escuela no me refiero únicamente a la instrucción cívica, cuya enseñanza debe recuperar un lugar privilegiado en la escuela primaria, en el colegio y en el instituto. No estoy pensando únicamente en la transmisión de valores morales como los derechos humanos, la igualdad entre el hombre y la mujer o la laicidad, que son el corazón de nuestra identidad; me refiero también a los valores intelectuales, a una forma de pensar, de reflexionar, que nos es propia. Me refiero a esa tradición francesa del pensamiento llano, a esa inclinación tan francesa por la razón universal que está en nuestra filosofía, en nuestra ciencia, pero también en nuestra lengua, en nuestra literatura, en nuestro arte.

Ante la amenaza de la homogeneización del mundo, nuestro deber es promover la diversidad cultural. Ese deber nos impone defender primero nuestra propia identidad; acudir a las fuentes de lo mejor de nuestra tradición intelectual, moral y artística y transmitirla a nuestros hijos para que la mantengan viva para todos los hombres. En verdad, la herencia de todas las culturas y civilizaciones pertenece a la humanidad entera. Nosotros mismos somos los herederos de todas las conquistas y las creaciones del espíritu humano. Somos los herederos de las grandes civilizaciones que han contribuido a fecundar recíprocamente las culturas que están engendrando la primera civilización planetaria.

Abrir nuestros hijos a lo universal, al diálogo de las culturas, no es renunciar a lo que somos; es su culminación. Desde siempre, Francia ha situado el universalismo en el centro de su pensamiento y de sus valores. Desde siempre, Francia se ha concebido a sí misma como heredera de todas las culturas que han aportado su contribución a la idea de humanidad.

Debemos situar de nuevo a la cultura general en el corazón de nuestra ambición educativa. Evidentemente, el horizonte de esa cultura general no debe ser una acumulación sin fin de conocimientos sino un saber reflexionado, ordenado, controlado. No debe buscarse ni la exhaustividad ni la cantidad sino poner en el punto de mira lo esencial y la calidad; relacionar los diferentes campos de la inteligencia humana para permitir a cada niño, a cada adolescente, construirse su propia visión del mundo. Por primera vez en la historia, los niños saben muchas cosas que desconocen sus padres, pero es necesario estructurar ese saber en cultura, iluminarlo a la luz de toda la herencia de sabiduría y de inteligencia humanas.

Las diferentes formas de saber no pueden compartimentarse, aislarse, oponerse. La enseñanza por materias debe mantenerse porque cada una de ellas tiene su propia lógica; porque es el único medio de ir al fondo de las cosas. Pero esto hay que completarlo con una visión de conjunto, con una puesta en perspectiva de cada disciplina respecto de las demás. Por encima de las categorías tradicionales del conocimiento, estoy convencido de que ahora hay que tejer

la trama de un nuevo saber, fruto de la combinación, de la mezcla, de la fecundación recíproca entre las diferentes disciplinas.

No soy partidario del manual único; no soy partidario de la globalización del saber que conduce a la confusión. Pero estoy convencido de que la interdisciplinariedad debe encontrar su lugar en nuestra enseñanza cuanto antes porque el futuro pertenece al mestizaje de los saberes, de las culturas, de los puntos de vista. Creo que ahí radica una de las claves de nuestro renacimiento intelectual, moral y artístico. La cultura general debe ser una preocupación constante. Y cuando nuestros hijos aprendan lenguas extranjeras –y deseo que aprendan obligatoriamente al menos dos- es necesario que su aprendizaje comporte un aprendizaje de cultura y civilización. Deseo que nuestros hijos aprendan lenguas a través de la literatura, del teatro, de la poesía, de la filosofía y de la ciencia.

Afirmar la importancia de la cultura general en la educación –que tanto ha retrocedido en beneficio de una especialización frecuentemente excesiva y precoz- es afirmar sencillamente que el sabio, el ingeniero, el técnico, no debe ser un inculto en literatura, arte, filosofía; y que el escritor, el artista, el filósofo, no debe ser un inculto en ciencia, técnica o en matemáticas.

La idea según la cual el que se consagra a las ciencias no tiene por qué saber nada de poesía, de teatro o de filosofía es una idea absurda a mi entender. La idea según la cual, el niño proveniente de una familia modesta –aquel que nace en uno de esos barrios difíciles que acumulan desventajas-, el hijo o la hija de un empleado, de un obrero, no tiene necesidad de situarse ante las grandes obras del espíritu humano porque no sabría apreciarlas; que, con enseñarle a leer, a escribir y a contar ya es suficiente, me parece una muestra del mayor de los desprecios.

El hecho de que tantos adolescentes no consigan expresar lo que sienten, que tantos jóvenes en nuestro país no consiguen transmitir sus emociones, sus sentimientos; si no consiguen compartirlos, encontrar las palabras del amor o las del dolor; tal vez, el hecho de que tantos de ellos no consigan expresarse sino a través de la agresividad, de la brutalidad, de la violencia se deba a que no han sido iniciados en la literatura, en la poesía o en alguna de las formas de arte que permiten expresar aquello que el hombre tiene de más íntimo, de más patético, de más trágico.

En la era de lo audiovisual, del teléfono móvil, de Internet, de la comunicación instantánea, nuestros hijos necesitan más cultura general que nunca. Necesitan una mayor capacidad de análisis, de espíritu crítico, de puntos de referencia. Cuanto mayor conocimiento, mayor información, mayores técnicas produce el mundo, mayor es la exigencia de cultura para quien pretenda seguir siendo libre, ser dueño de su destino. En el mundo en el que vivimos, con exigencias cada vez mayores y absorbentes, nuestros hijos necesitan más humanismo y más ciencia. En esos dos terrenos hemos retrocedido enormemente.

Contrariando nuestras tradiciones intelectuales, la cultura humanista se marchita y la cultura científica pierde posiciones. Tenemos que batirnos en los dos frentes; inculcar desde edad temprana a los niños el gusto por la lectura, por el arte y la ciencia.

Pero tenemos que revisar nuestra manera de enseñar. Durante demasiado tiempo, la pasividad del niño –que recibía los conocimientos- fue la norma en nuestra educación. Pero también se

ha criticado con demasiada el aprendizaje de memoria que tiene, sin duda, su utilidad en el entrenamiento de la memoria. Y, por otra parte, ¿quién puede lamentar haber grabado en sus recuerdos algunas fábulas de *La Fontaine* o algunos versos de *Verlaine*; o haber aprendido a orientarse en la cronología de la historia de Francia o en la geografía mundial; haber recitado las tablas de multiplicación y las fórmulas habituales de la aritmética o de la geometría? Y, sin embargo, la verdadera cultura exige algo más que la mera recitación. Ésta no echa raíces si no es despertando la conciencia, la inteligencia, la curiosidad. Hay que hacer que el niño se pregunte, que piense, que tenga una visión de conjunto; hacer que reaccione, que dude y que descubra por sí mismo las verdades que le servirán durante toda la vida.

Nuestra educación debe ser menos pasiva, menos mecánica. También debe reducir la importancia excesiva que concede con demasiada frecuencia a la doctrina, a la teoría, a la abstracción, ante las cuales muchas inteligencias se cierran. Debemos reservar mayor espacio para la observación, la experimentación, la representación y la aplicación.

Estoy convencido de que de este modo lograremos estimular a un número mayor de niños y que el fracaso escolar se reducirá. Y esto, tanto para las ciencias, como para las humanidades y las artes. Para que el conocimiento sea más vivo, más concreto, el mundo de la educación debe abrirse más a otros ámbitos, como los de la cultura, el arte, la investigación, la técnica y, desde luego, al mundo de la empresa, que será donde vivan la mayor parte de su vida adulta nuestros hijos.

Nuestros hijos deben conocer a escritores, a artistas, a investigadores, a artesanos, a ingenieros, a empresarios, a personas que compartirán con ellos su amor por la belleza, la verdad, la exploración o la creación. Con ese fin deben crearse lazos entre las instituciones culturales, los centros de investigación, el mundo editorial, las empresas y los colegios e institutos.

Los niños no pueden permanecer encerrados en sus clases. Desde temprano debieran acudir a los teatros, a los museos, a las bibliotecas, a los laboratorios, a los talleres. Desde temprano deberían conocer las bellezas de la naturaleza e iniciarse en sus misterios. Las lecciones de física, de geología, de biología, de geografía, de historia y también la poesía tendrían un mayor alcance y significado en los bosques, en el campo, en las montañas o en las playas. Hay que enseñar a nuestros hijos a mirar tanto la obra del artista como la de la naturaleza. Como tampoco habría que dudar en ponerles en contacto con las grandes obras del espíritu humano y con aquellos que las mantienen vivas.

Nuestros hijos no serán todos músicos, poetas, científicos, ingenieros o artistas. Pero al niño que nunca será músico no hay que renunciar a inculcarle el gusto por la música; al niño que nunca será poeta, el amor por la poesía; al niño que nunca será investigador, el gusto por el rigor científico y la pasión por investigar; al niño que nunca será artista, el gusto por el trabajo bien hecho, del gesto elegante o la técnica alcanzada.

Todo esto vale para todos los niños, para todos los adolescentes; cualquiera que sean sus orígenes, su ámbito social; ya sean alumnos de la enseñanza general o de la enseñanza profesional. Y esto porque nuestra educación tradicional —he ahí otro de sus defectos— opone lo manual a lo intelectual. Obrar así es compartimentar de modo absurdo y hay que romper con ello para que los estudios profesionales sean reconocidos como estudios de calidad al mismo nivel que los demás.

Existe otra disyuntiva que conviene superar; la que distingue el cuerpo del espíritu. La educación es un todo; tiene que ser tanto teórica como práctica; intelectual y física; tanto artística como deportiva. En este sentido, el lugar reservado al deporte es aún insuficiente. El niño tiene que superarse. Pero, además, el deporte es una escuela de respeto por el otro, por las reglas, por la lealtad y por la superación de uno mismo. Creo en el valor educativo del deporte. El deporte debe alcanzar aún más relevancia en la escuela y, además, el mundo del deporte y de la educación deben abrirse mutuamente, de modo que entre las instituciones deportivas y las instituciones educativas se anuden lazos cada vez más firmes; de modo que entre los deportistas y los educadores se establezca una cooperación mayor en beneficio de nuestros hijos.

Entiéndanme bien; en mi visión no se trata de alargar unos horarios escolares ya de por sí bastante cargados; no se trata de añadir nuevas materias a una lista ya de por sí muy larga. Mi idea es más bien, al contrario, devolver a nuestros hijos el tiempo de vivir, de respirar, de asimilar lo que se les enseña.

En suma, debemos recuperar la coherencia del proyecto educativo. Ésta pasa necesariamente por la revisión de los ritmos y programas escolares, tras décadas en las que la escuela se ha visto confrontada a una masa creciente de exigencias contradictorias y a tensiones y objetivos cada vez mayores, a medida que la cohesión social se fragilizaba. Recuperar la coherencia dentro de cada disciplina, pero también entre las diferentes disciplinas y ante las expectativas de la sociedad. Recuperar el hilo conductor en la educación, fijarle unos principios, unos objetivos, unos criterios sencillos. He ahí lo primero que debemos hacer. Al mismo tiempo debemos elevar el nivel de exigencia; no en cantidad sino en calidad.

En vez de realizar una selección brutal a la entrada de la universidad –lo que sería una solución malthusiana-, deberíamos elevar progresivamente el nivel de exigencia en la escuela primaria, después en el colegio y, por último, en el instituto. Nadie debiera entrar en 6º (*de EGB*) sin demostrar que es capaz de seguir la enseñanza de ese nuevo ciclo; nadie debiera acceder al bachillerato sin demostrar que es capaz de seguir la enseñanza del instituto y la selectividad debiera probar la capacidad de seguir la enseñanza universitaria. Se trata de un trabajo duro que pasa por reconstruir desde la escuela primaria hasta el instituto. Pero es vital para el porvenir de nuestra juventud y, por ende, de nuestro país.

Dar el máximo a cada uno en vez de contentarse con dar el mínimo a todos. Así es cómo deseo que afrontemos el problema de la educación a partir de ahora y, de forma particular, el de la escuela.

Esta refundación de la educación no podrá realizarse si no es contando con el concurso de todos los educadores. La voluntad política, por sí sola, no será suficiente; por eso me dirijo a Ustedes.

Y cuando digo “todos los educadores” quiero decir que ese objetivo no se alcanzará únicamente con ayuda de los profesores o solamente con ayuda de los padres. Probablemente tenga que ser la obra común de todos los educadores trabajando en común.

Debemos esforzarnos en lograr que cada uno de Ustedes se comprometa a trabajar con los demás. Entre el padre, la madre, el profesor, el juez, el policía, el educador social y todos aquellos que están en contacto con el niño en los ámbitos deportivo, cultural o asociativo, el

interés del niño debe prevalecer sobre cualquier otra consideración. La confianza, la cooperación, el intercambio, el espíritu de responsabilidad deben primar. Cada cual debería superar sus prejuicios o sus *a priori* y cumplir con su deber: preparar al niño para que se convierta en adulto.

Padres, Ustedes son los primeros educadores. Soy consciente de cuán difícil es ese papel cuando el paro amenaza, cuando la familia se recompone, cuando el padre o la madre están solos para educar a sus hijos. Soy consciente de lo dura que puede ser la vida. Quiero decirles que serán apoyados cada vez que lo necesiten para educar a sus hijos desde sus inicios y que para mí, la política familiar forma parte integrante del proyecto educativo.

Quiero decirles también que el derecho a la guarda de los hijos y la maternidad serán para mí la prioridad durante los cinco años que tenemos por delante y que estoy decidido a conseguir que nunca más ningún niño sea abandonado a su suerte al terminar las clases, de modo que Ustedes puedan terminar la jornada de trabajo sin la angustia de saber que su hijo o su hija están sin vigilancia o control.

A partir de ahora, los deberes se harán en el colegio, como estudios supervisados y para los buenos alumnos de familias modestas que no pueden ofrecer a sus hijos un marco propicio para el estudio. Igualmente, se construirán internados de excelencia.

Les ayudaremos en su tarea. Pero Ustedes también tienen obligaciones para con sus hijos. Deben darles ejemplo. Tienen la responsabilidad de hacer que su hijo vaya a la escuela; tiene que inculcarle el respeto a las leyes y la buena educación; controlar que hace los deberes. Si permiten que falte a clase, si lo abandonan a su suerte, es normal que la sociedad les pida cuentas; que su responsabilidad sea cuestionada; que las ayudas que se les conceden puedan ser, en su caso, tuteladas.

Profesores, educadores, Ustedes también tienen derecho a ser respetados, a la estima. Su papel es capital. Han tenido que realizar a menudo estudios prolongados. Tienen que demostrar su inteligencia, su paciencia, su psicología, sus competencias. Soy consciente de hasta qué punto es exigente el duro oficio de enseñar; hasta qué punto les obliga a dar mucho de Ustedes mismos; hasta qué punto también se ha convertido en difícil y a menudo ingrato por culpa de la violencia que ha entrado en la escuela. Soy consciente de que su estatus social, su poder adquisitivo se han degradado al ritmo que su tarea se volvía cada vez más dura, sus condiciones de trabajo, más desafiantes. La Nación os debe el mayor de los reconocimientos, mejores perspectivas de carrera, un nivel de vida mejor y mejores condiciones de trabajo.

Antes, el maestro, el profesor, tenían un reconocimiento social porque la República se sentía orgullosa de su escuela y de aquellos a los que había confiado esa tarea. El maestro, el profesor, estaba orgulloso de su profesión, orgulloso de servir a la República y a una cierta idea del hombre y del progreso. Debemos volver a ese espíritu. En la escuela de mañana serán mejor remunerados, mejor considerados y, frente al igualitarismo que ha prevalecido durante demasiado tiempo, ganarán más, progresarán más rápidamente si eligen trabajar e involucrarse más.

Podrán elegir la pedagogía que les parezca más adaptada a sus alumnos porque creo que hay que confiar en los educadores, en su capacidad de juicio; porque son los mejor situados para decidir lo que es bueno para sus alumnos. Los establecimientos en los que enseñen tendrán mayor autonomía en la elección de su proyecto, de su organización. La evaluación será la

norma general y los medios se repartirán en función de los resultados y de las dificultades que encuentren los alumnos.

Se facilitará la reconversión de aquellos de Ustedes que, tras años de docencia, experimenten la necesidad de cambiar de profesión y mostrar sus competencias en un contexto diferente, ya sea en el sector público o fuera de él. Al revés, aquellos que han adquirido una experiencia foránea y deseen encaminarse hacia la enseñanza serán mejor acogidos que en la actualidad. En la educación nacional, como en toda la función pública, los compartimentos del estatus deben abrirse para permitir circular a las personas, las ideas y las capacidades.

Deseo hacer de la revalorización de la profesión de educador una de las prioridades de mi mandato (*quinquenio*) porque será el corolario de la renovación de la escuela y de la refundación de nuestra educación. Pero, Ustedes, profesor, educador, padres, deben ser ejemplares; ejemplares por su comportamiento, por su aspecto, por su rigor, por su espíritu de justicia, por su compromiso. Ejemplares también por su capacidad para hacer prevalecer la autoridad del maestro, por su compromiso por premiar el mérito y sancionar la falta.

En la escuela con la que sueño, una escuela donde la prioridad se dé a la calidad sobre la cantidad, donde habrá menos horas de clase, donde los medios serán mejor empleados porque la autonomía permitirá gestionar en función de las necesidades, los educadores, los profesores serán menos numerosos. Pero esto será consecuencia de la reforma de la escuela y no el fin de ésta. Y para ello me comprometo a que los medios que se economizan de este modo sean reinvertidos en la educación y en la revalorización de las carreras. Se trata de ser más eficaces, no de racionar. Además, se trata de ser eficaces no sólo para alcanzar un objetivo económico; no sólo para que el día de mañana nuestra economía disponga de una mano de obra bien formada, sino también, y puede que sobre todo, para que nuestros hijos sean portadores de valores de civilización, para que cierta idea de la civilización continúe viviendo en ellos.

Cada uno de Ustedes es consciente, lo sé, de la importancia del desafío al que nos enfrentamos. Cada uno de Ustedes comprende que la revolución del saber que se está produciendo ante nuestros propios ojos nos impide repensar el sentido mismo de la palabra “educación”. Cada uno de Ustedes es consciente de que ante la dureza de las relaciones sociales, de la angustia ante un futuro vivido como una amenaza, el mundo necesita un nuevo Renacimiento que no surgirá sino gracias a la educación. Nos toca a nosotros retomar el hilo que discurre desde el humanismo del Renacimiento hasta la escuela de *Jules Ferry*, pasando por el proyecto de las Luces.

El tiempo de la refundación ha llegado. A ella les invito. La conduciremos juntos. Ya hemos tardado demasiado.

Nicolas Sarkozy,
Presidente de la República